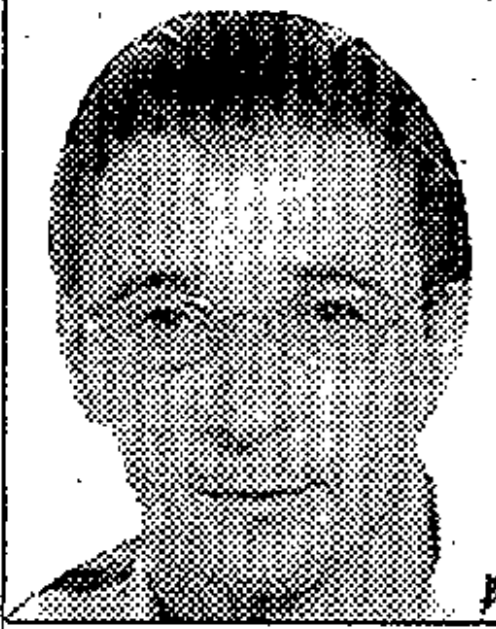


El valor de un legado



ANDRÉS MARTÍNEZ MEDINA
Arquitecto

Comencé a descubrir la obra arquitectónica de Miguel López González de la mano de mis profesores Santiago Varela Botella, Joan Calduch Cervera e Irene García Antón. Pero de verdad, de verdad, tomé contacto con su trayectoria y su amplia labor profesional —nada anodina por cierto—, y fui consciente de la importancia de su legado cuando, junto a Justo Oliva Meyer y Mariana Sempere Clement, nos encerramos en las profundidades de su archivo. Aquel mundo de carpetas y expedientes, rebosante de dibujos en papel y originales a tinta y a lápiz, vibraba con la vida de las cosas recién hechas, aunque muchos de aquellos trabajos eran anteriores a la guerra de España. Fruto de esa investigación fue la exposición y el libro monográficos que en 1987 le dedicó el Colegio de Arquitectos. Desde entonces, y hasta la fecha, el conjunto de su obra, además de por su calidad, se ha ido revalorizando por dos efectos complementarios: el continuo descubrimiento y el peso del tiempo.

La faceta del hallazgo es la que se refiere a la continua labor investigadora y de divulgación de la arquitectura de este siglo, la cual se remonta a principios de 1970. Esta tarea ha sido desarrollada por un nutrido grupo de arquitectos e historiadores que, poco a poco y a lo

largo de tres décadas, ha logrado disminuir la orfandad de tantas obras que pueblan la ciudad y la geografía del sur valenciano, colocando al lado de cada caso el nombre del autor y la fecha del acontecimiento. Muchas obras que admirábamos y veíamos a diario han dejado de ser anónimas: tenían su época y los apellidos de Miguel López. Esta lista de descubrimientos, en el caso de este autor, conocida por muchos, se inicia con los trabajos de reordenación de la plaza de la Montanyeta (1931) y prácticamente finaliza con el «Hotel Montíboli» (1972), Premio Nacional de Arquitectura.

El peso del tiempo en su obra es directamente proporcional al paso del mismo. Este hecho es muy significativo en las obras contemporáneas, como es el caso de la producción de Miguel López. El transcurso de los años sobre un edificio provoca su envejecimiento material, pero también le añade el valor meritorio de su antigüedad; no se efectúa la misma valoración de un edificio hace veinticinco años que hoy (cuando muchos han desaparecido). Además, gran parte de los ejemplos de la arquitectura del Movimiento Moderno en Alicante suelen ser de propiedad privada. El que todavía se mantengan en pie y en uso, inmuebles con una edad media de 50 años que han sido construidos en épocas de penuria material, tecnológica o económica, y que sus propietarios no les hayan encontrado una mejor rentabilidad, casi los convierte en héroes. Y eso es lo que son muchas de las obras de Miguel López: miembros de una «resistencia» ante los fan-

tasmas de la desidia, el abandono y la especulación. Es evidente que hoy, todos compartimos la idea de que la obra arquitectónica y urbanística de Miguel López, con sus aciertos y equivocaciones, forma parte inseparable de la imagen Alicante, cuando no la ha definido. Un sintético inventariado edilicio incluiría: el Colegio «Padre Manjón» (1933), «La Adriática» y los edificios de Coronel Chápoli y plaza de España (1935), el «Inst. Provincial de Higiene» (1936-45), los monumentos de la Cruz (1939) y los «Caídos de la Vega Baja» (1941-44), la fábrica Inespal (1953-56), los edificios de Calvo Sotelo-Federico Soto y calle Italia (1956), la Casa Sacerdotal (1958-63) y el hotel «Gran Sol» (1961-68), entre otros. Todos estos ejemplos presentan un nivel de calidad suficiente como para haber sido recogidos o tratados en diferentes bibliografías.

Pero su obra no se limita a esta ciudad, y a modo de ejemplo podemos citar los colegios públicos «Virgen de Loret» de Santa Pola (1935) y «Cervantes» de Sax (1936), el hospital Cardiovascular de San Vicente (1950), el colegio «Sagrada Familia» (1964) y la antigua FICIA de Elda (1964) recientemente remodelada. A este listado de obras existentes cabe añadir los demás ejemplos que se citan a lo largo del artículo, todos los cuales son portadores de una serie de valores arquitectónicos que aún no han caducado: la racionalidad estructural, la sinceridad funcional, el empleo de materiales nobles o fruto de las tecnologías, la composición volumétrica nítida y abstracta, así como la sencillez de la idea inicial

que los hace fácilmente legibles.

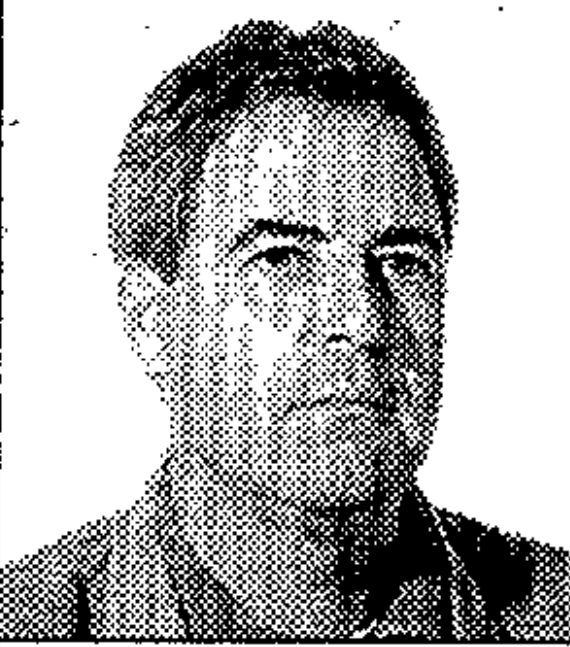
Un aspecto de la trayectoria de este profesional que no ha sido suficientemente divulgado es la repercusión de su obra en el panorama nacional, pero no a título póstumo (algo fácil de hacer ahora), sino durante la ejecución de su obra. Es decir: el reconocimiento que sus contemporáneos le otorgan. Es bastante relevante que en las revistas especializadas de los años 40 y 50 Miguel López ocupe un lugar destacado. De hecho, sería la revista *Arquitectura*, editada por el Colegio de Arquitectos de Madrid, la que más eco se haría de su trayectoria. Y así, en 1945 reprodujo su propuesta para la reordenación de la plaza del Ayuntamiento (en la que trabajó junto a Manuel Muñoz Monasterio y Miguel Abad Miró). Años más tarde, en 1950, en plena efervescencia aperturista del Estado Español hacia el mundo occidental, publicó el «Sanatorio y Casa de Reposo Virgen del Socorro en Alicante». Y por último, en 1952, la misma revista recogía dos obras turísticas: el «Parador de Ifach» (obra comenzada en 1932) y el «Hotel Playa, en la playa de San Juan».

Interesa especialmente ese período. Porque, si Miguel López había sido el introductor de las corrientes modernas de la arquitectura en la ciudad de Alicante durante los años republicanos, superada la década autárquica volvería a retomar su discurso de fidelidad a la abstracción y a la realidad de la construcción. Para entonces no estaba solo, otros compañeros recién titulados se habían incorporado al ejercicio. Con todo, la obra de Mi-

guel López no perdió actualidad, ni frescura, ni vigor; algo que él ya había sentenciado respecto de su arquitectura en una entrevista publicada en «Mundo Ilustrado» en 1935. Y es que cuando se iniciaron los años 50, Alicante se sumó al carro de la modernidad cultural fomentada por la aproximación a Europa. La ciudad, entonces, apostó por el turismo —ciudad abierta—; como imagen de la más clara vocación cosmopolita.

En este empeño se acometieron muchas obras, entre las que destacó la remodelación de su fachada marítima: la Explanada de España. Este paseo decimonónico, actualizado, pasó a ser la imagen del Alicante moderno, con su pavimento ondulado, su aparente ingravido templete y la fuente de Carlos Bohigues (el de «las luces») al final de la perspectiva de palmeras. Esta exótica estampa fue inaugurada en 1954 y ha sido explotada acertadamente en todo este tiempo. En ella destacaba el pequeño auditorio: todo un alarde estructural (aunque aparentara la lámina que no era); con un esmerado diseño estético que ha funcionado a pesar del ruido del tráfico. Dudo que esta «estructura», desde aquella fecha haya sido reparada alguna vez, así que es muy posible que esté muy deteriorada. Quizás la imagen de la ciudad también se esté estropeando con la desaparición de algunos de sus elementos emblemáticos, muchos de los cuales son de este siglo. Y Miguel López ha firmado algunos de estos; su desaparición anunciaría la lenta aniquilación del legado moderno y de nuestra escasa memoria.

Los elegidos del diablo



JESÚS MONCHO PASCUAL

Los elegidos han hablado. La tregua ha sido rota, ha finalizado. De nuevo, es tiempo de pistolas. De las pistolas de ETA. La preocupación y zozobra renace en Euskadi, y en el resto de España. Los ciudadanos nos preguntamos si será así... ¿hasta cuándo?... ¿O es que no existe solución? Lejos de la voluntad y representación popular, los elegidos por un hado singular han suplantado la palabra por la pistola, la libre concurrencia por la imposición, la aceptación y contraste de la diferencia por el «lo tomas o lo dejas». Sin tener en cuenta, llevados por su irracionalidad, que, caso que impusieran su realidad por la fuerza, habrían legitimado y sentado el precedente para que aquellos descontentos o agraviados con la situación resultante pudieran a su vez tomar las pistolas, eternizan-

do así una lucha fratricida y terrorista de nunca acabar.

Si existe solución al problema de Euskadi, suponemos que el encontrarla será cometido de las fuerzas políticas, sin atenernos a posibles justificaciones de cargarlo todo a las espaldas de una fatalidad rastro. La violencia nos duele, nos repugna, nos deshumaniza. Pero esto son palabras, nos quedamos sólo en las formas y en las palabras. Necesitamos actos, acciones que desactiven y desarmen la autojustificación de los sinrazón. La condena de la violencia no es suficiente. Encomendar su desaparición a la solución policial tampoco es suficiente. Desgraciadamente, la experiencia nos demuestra que no es suficiente. ¿Qué hacer? Entendemos que la única vía en democracia es escuchar, atender y respetar la voz popular, libremente expresada. En Euskadi, como en todas partes, hay elecciones, y hay mayorías y hay minorías. Quien quiera alimentar conflictos, simplemente ha de limitarse a cerrar los ojos y taparse los oídos. Como hacen los violentos. No sigamos, pues, su ejemplo. Afrontemos la

realidad y el problema. Si la mayoría en Euskadi (no estamos hablando de los violentos) pide acercamiento de presos, solución a la situación de los mismos, y discusión política sobre su relación y articulación con el Estado español, ¿quién es quien para no decidirse a actuar, hablar, y solventar?

Tal vez se corra el riesgo de confundir los síntomas con las causas de los males. La violencia, execrable e injustificable en democracia, para unos está en el inicio del problema, para otros en la consecuencia del mismo. Y en medio..., ciudadanos que queremos y deseamos vivir en paz. Hagamos algo eficaz y palpable ya. Salgamos de la parálisis y de la frustración, de las mismas posiciones de siempre, y afrontemos el tema y tomémoslo de cara. Quizá resortes difíciles de manejar se estén entrometiendo y nos desvíen de encontrar una solución. Nos estamos refiriendo a las actitudes emocionales, tales como el sentimiento de ser tratado en menoscabo por parte del otro. También nos referimos a conceptos que se deslizan fácilmente hacia la emoción, como el concepto

de «patria», que uno quisiera perpetua y eterna... Creemos que habría que encarar la cuestión desde otra vertiente, desde la realidad y concreción en soberanía que todo concepto de patria, nación o estado, comporta. La soberanía, capacidad efectiva (no afectiva o emocional) de decidir y actuar es un concepto dinámico, no estático, que varía con el paso del tiempo, con la aparición de nuevas necesidades o circunstancias, con el cambio y evolución del sentir de las gentes. El Imperio Austro-Húngaro es una feliz o infeliz realidad del pasado; Puerto Rico aspira a ser el 52 estado de los EE.UU. En Europa vemos cómo parte de la soberanía de los actuales estados va transfiriéndose a un ente superior, Bruselas, con lo que se vacía de soberanía un estado en dirección ascendente o vertical, además de en dirección descendente o profunda al repartir su soberanía entre entes intraestatales o autonómicos. Contemplado así el problema, España cambia, y cambiará hasta límites que la hagan irreconocible y diferente a lo que hasta ahora o antes de ahora uno creía

que era España. Nadie romperá España. Ella sola se transformará. Lo que realmente cambiará y se ha de alterar es la cesión y distribución de soberanía o competencia. Quizá Euskadi aspire a la máxima soberanía o competencia fiscal, económica, cultural..., en una palabra: máxima soberanía política posible, ¿por qué no? Y si fuera dentro del Estado español, ¿por qué no?, ya se buscarán fórmulas para plasmar la realidad plurinacional de un Estado. Y si Euskadi pretendiera otras fórmulas, ¿por qué no?, ¿se le enviarían los tanques? Los pueblos marcarán su destino en un contexto común, Europa, pero cada cual desde su grado de soberanía, desde su singularidad, superadas meras descentralizaciones administrativas que no solventan el problema.

Se dice que lo racional es lo real. El esfuerzo de intentar comprender la realidad o, mucho más, de intentar aceptarla, es situarse en el nivel en que la civilización empieza a prevalecer sobre la irracionalidad o visceralidad de aquellos que han sido tocados o elegidos, quizá, por el diablo.